

“ EL CUADRO ”

Como una gran ventana, a la que todo se abre, el lienzo espera reclinado sobre el viejo caballete. Estirado, tenso, para que ninguna arruga asome a su blanco rostro maquillado. Una diáfana luz atraviesa las ventanas de palillería y un microcosmos de partículas baila sin cesar en sus chorros. Poco a poco, lentamente, se descubren los objetos pálidos, casi amarillentos, amontonándose en los rincones. La paleta llena de pastas multicolores, recipientes y cuencos, pinceles de fina brocha, espátulas, trapos y borras que el lienzo mira, desde su altivez, como amigos en las sombras. La luz lo recorre todo, y de golpe, es toda la estancia la que está asistiendo al despertar, y en ello, han aparecido unos personajes nuevos. Damas de agradable rostro, paisajes amables, bodegones, ensueños; trazos, composiciones en grises, ocres, amarillos de limones; blancos y azules de cielos, rojos de sangre y estoque. Ellos, miran al blanco lienzo, como sorprendiéndose de su blancura, de la tersura homogénea de la pasta que se asienta sobre la cuadrícula, como sábana inmaculada que espera a expresar el amor y la dulzura, el genio, el sabor de la derrota; la risa, la alegría, el tormento, el desespero; la ambición, la pasión, los sueños. ¿Qué se plasmaría en sus blancos? ¿Qué pinceles lo acariciarían? ¿Qué colores encantarían, se derramaran, con qué armonía? Todo esto reclamaba, bañado en la luz, el lienzo. Porque él, no quería seguir siendo, ese trozo de tela esperando, como una gran ventana sin abrir.

Quería sentir, gozar, la furia de los colores, los nervios de los trazos, el tiempo, los momentos, como si fuera una página que mostrara al mundo las percepciones, las sensaciones de la vida, los desamores, furias, agitaciones; pálpitos, enardeceres, sentimientos, toda una tormenta de amores, que se agitan en las manos, unas veces, plácidas y serenas; otras, como ventoleras de pasiones, desgarradas o suaves .

Acariciando el pincel, una y otra vez espera la inspiración que le llega de la luz, de las miasmas que danzan frente al ventanal, de una joven que pasa, sonriente, enamorada, de un flor que se abre, de la llama de una vela, de los vientos que recorren acantilados y siembras, de las páginas de un libro dobladas en una espera, de la lluvia que golpea el cristal o de nieves que las cumbres blanquean, de calles, plazas y azoteas, del humo que blanco sube por cientos de chimeneas.

El pintor se sienta a mirar la blancura muy inquieta del lienzo que no quiere ser un pedazo de tela. El quiere ser, quiere expresar, todo lo que el pintor espera, competir con los picassos, con elefantes de Dalí, con los colores asiáticos de Gauguin, bailarinas de Degàs, con los girasoles, con las luces de Velázquez, con los azul grisáceos de un Greco, con el brillo de murillos, con clásicos, impresionistas, vanguardistas, geometras, cubistas, pinceles y cuadros que han marcado, lo que el hombre, la naturaleza, los sentimientos y amores han dejado en ellos.

El lienzo, ya va dejando de serlo. El lienzo, a base de color y de colores, de figuras y de sombras, ya es cuadro.

Javier Fernández Mena a Manolo Rodríguez